

PASADO INMEDIATO

Por Carlos Real de Azúa

En Marcha, N° 952, Montevideo, 20 de marzo de 1959, p. 23

BEATRIZ GUIDO: **FIN DE FIESTA**

Buenos Aires, 1958, Editorial Losada, 259 págs.

La crítica suele caer en el peligroso extremo de desmesurar el impacto de ciertos sucesos sobre la literatura. Pero no sólo es verdad que los libros nacen de los libros y que las relaciones entre el arte y los grandes sismos colectivos funcionan con una extrema complejidad y, sobre todo, con una extrema morosidad. Los resultados pueden ser totalmente inesperados y ser perceptibles (recién) a gran distancia.

No es imposible que un futuro historiador literario aprecie la importancia de aquel 17 de octubre de 1945 en que Perón fue rescatado de su prisión por los obreros de los frigoríficos de manera diversa a nosotros. No es imposible que piense que si algunos escritores jóvenes del 1965, del 1970 lo son, es porque aquel día sus padres, los **cabecitas negras** de la época, accedieron a un plano de actuación social que les había estado vedado y, con él, a la posibilidad de darles una educación a sus hijos. No es imposible, por fin, que juzgue este fenómeno más importante que la estridencia de los parricidas del 55 o que algunas novelas de ésta época escritas por los descendientes de las clases directoras desalojadas entonces.

Todo esto no quiere decir que la tercera novela de la señora Guido, **Fin de fiesta**, nos parezca tiro fallado ni cosa menor. Pero si los libros nacen de los libros, su justa situación no es la de una excrecencia epigonal de un gran día argentino sino una excelente muestra de una línea novelística abandonada. La línea de Cambaceres, de Martel, de Roberto Payró, de Manuel Gálvez, de Eduardo Mallea aunque estos nombres puedan molestar el oído de los exquisitos. La línea perdida de una narrativa de intención política, de firme preocupación nacional, de gobernada angustia porteña.

La señora Guido, sin embargo, es una escritora de generación posterior y de dotes abonadas en otros rubros. Uno de los **dii maiores**, seguramente de la autora, Jorge Luis Borges habló en alguna ocasión del **realismo sin poesía de Payró y de los Gálvez**; **Fin de fiesta** prueba, y prueba con cierta felicidad, que a aquella literatura, radicada, preocupada, no tienen porqué serle inaccesibles, como a los creadores de **Pago Chico** y de **Hombres en soledad**, ciertas libertades de la fantasía, ciertos lujos seguros de la invención.

II

Como lo ha señalado ya Rubén Cotelo ("El País", 1° de marzo) el libro, en cuanto es crónica o historia inmediata, tiene un contexto biográfico inexcusable y ese contexto es Alberto Barceló, el caudillo conservador de Avellaneda, el gran muñidor electoral de la Provincia de Buenos Aires. La Sra. Guido no ha borrado, en su figura de Braceritas, los

rastros de esta pista, aunque ciertos episodios de crimen o torturas puedan ser trasladados de otras épocas y el personaje cargue, vicariamente, con los vicios de todo un régimen. Esto tal vez, a menos de dos décadas de aquellos tiempos, no debe resultarle cómodo a la autora, aunque aquí venga bien lo de **a moro muerto gran lanzada** y nadie, del otro lado del río, ni radicales, ni conservadores, ni socialistas, ni nacionalistas, parezca muy decidido (salvo tal vez el nostálgico Federico Pinedo y sus tiempos de la República) a defender el período ominoso de Justo-Ortiz y todas sus implicaciones.

Novelar un período tan próximo tiene sus peligros porque todo es, a bulto, demasiado parecido al presente y ciertas diferencias sutiles, atmosféricas por así decirlo, sólo pueden ser captadas por quien las haya vivido, con plena lucidez, desde la adolescencia, lo que es el caso, creemos, de Beatriz Guido. La solución común, entonces, suelen ser los toques arcaizantes, lo que exige desenfundar, entre 1927 y 1945 (la autora lo hace) las tardes de te en **Desty**, el **Principessa Mafalda**, **J'attendrai**, **La Flor Azteca**, Barry Norton y el **Lambeth Walk** (no **Lamberth**, como ella dice). Más allá de esas corveas, sin embargo, el libro recrea con suma eficacia el cinismo y/o el escepticismo de aquella Argentina en que Saturnino Unzué le decía a los muchachos de F.O.R.J.A. que no se le importaba nada del país y en que Julio Roca acudía a Saint James con el temor reverencial de algún periclitado reyezuelo de Basutoland.

La circunstancia de que este mundo esté visto, o mejor: experimentado y vivido desde un grupo de adolescentes nietos de aquel Braceritas no debilita la unidad del libro ni enmohece los filos de la sátira que quiere ser. Que estas muchachas y muchachos: Julieta, Mariana, Gonzalo, José María, Adolfo sobre dibujar con su testimonio la figura del cacique tengan, a la vez, el mundo de cada cual, lúcido, ingenuo, rijoso, incompañable, importa una fidelidad

de Beatriz Guido a la temática capital de su obra anterior (**La casa del ángel**, **La Caída**) y no bifurca en exceso el interés. Tampoco quiebra un propósito que no tiene por qué seguir sonambúlicamente tras el blanco de la denuncia política, despreciando aquel hervor de vidas recientes que en torno al abuelo se mueven. Obra, además, en **Fin de fiesta** un agudo olfato para la operancia del “Otro” y de “los otros”: el asco creciente de los muchachos es, de algún modo, capital para el derrumbe del personaje senecto; la existencia de Braceras imposta, a su vez, toda la vida de los nietos y planea como un sino oscuro sobre la larga relación de amor, de despego y furia (de un cabo al otro del libro) entre Adolfo y Mariana. La novela empieza con el muchacho espiando entre unas matas la desnudez de su prima que se baña en una laguna de la estancia **La Enamorada**; descubierto, Mariana lo cuenta a su abuelo; de sus palabras medias y ambiguas éste cree en una violación y en un cuarto de la estancia azota al nieto hasta extenuarse. Adolfo se venga después sobre su prima y desde aquí el clima violento de este extenso diálogo está parado sobre sus pies de sado-masoquismo (golpes, animales torturados, castigos) y vago incesto. A través de varios **agonising reappraisals** Mariana y Adolfo tratan de poner en claro esa fuerza que inexorablemente los acerca; siempre el posible encuentro se rompe, tantalizadamente, con un impromptu de lujuria, de desdén o de asco.

El vínculo de Adolfo y Guastavino, el capanga de Braceras, cuya fidelidad éste paga haciéndolo ametrallar, es, como se ha dicho, uno de los buenos momentos de la obra, aunque pueda decirse que está excesivamente pensada sobre el arquetipo borgiano de guapo

vertido a la política. **Debían responder a una estructura de guapos, si querían ser hombres de partido**, dice, en algún momento, el mismo Adolfo. Pero el pasaje conmovedor en que Guastavino le pide al muchacho que le traduzca las frases, para él inaccesibles, de su amante francesa es ejemplar y es de la Sra. Guido y también es de ella el impulso que arrastra al chico hasta convertirse en la sombra del matón en prostíbulos y reñideros. No es la admiración, del tipo de "Shane", aunque ella no falte, sino más bien una curiosidad vergonzante y una potencia autoflageladora que ve la mejor venganza sobre el abuelo en convertirse en lo que Braceritas espera de él, en ponerse, hecha de confección, su personalidad de oligarca, de condescendiente y de vivo, en llegar a ser Adolfo Peña Braceras, con chaleco blanco y cuello de palomita (como los políticos que ve en su casa), candidato a la gobernación de la provincia, podredumbre que sobrevive.

III

Hacia la mitad del libro, Adolfo presencia la famosa interpelación de Lisandro de la Torre sobre el **pool** frigorífico, ve la muerte de Bordabehere, ve al ex-comisario Valdez Cora, sabe que los suyos no son ajenos a todo eso. Pupilo más tarde de los jesuitas de Santa Fe vuelve a oír las palabras de aquella tarde, oye las de imperialismo, oligarquía, cipayos, protesta contra un decano pro-nazi y pasa unas horas preso, presencia pasivo la revolución de los inquilinos y el ascenso de Perón. Toda la posible toma de conciencia nacional del personaje es demasiado vaga y habría que pensar si esa vaguedad refleja la **inmadurez política** de Beatriz Guido, que Coteló sostiene o, simplemente, el tanteo inarticulado de un adolescente al que nada ha ayudado a ver claro. Parece clara la intención no de gritar los personajes ni un presunto mensaje pero esta cautela, que la señora Guido guarda a lo largo de casi todo el libro, cae lamentablemente al final. Cuando Braceritas, ya arrinconado, ha muerto y es enterrado entre las ventanas cerradas y las calles vacías de su antiguo feudo estamos en el 17 de octubre de 1945. Los obreros se han ido a Buenos Aires llevados por Cipriano Reyes y en las radios se oye una voz que sonaría mucho tiempo.

- **Todo vuelve a empezar –dice en voz baja a Mariana–. Estamos condenados. Todo comienza nuevamente.**
- **Ahora está muerto.**
- **Más vivo que nunca.**
- **¿Por qué?**
- **¿No lo escuchaste hablar... por esa radio de Avellaneda?**

Aquí Beatriz Guido parece olvidar lo que había dicho antes y es que su caudillo jamás había pronunciado un discurso. Pero también parece olvidar algo más importante y que también había dicho, que las fuentes del poder de Braceritas que los resortes de su fuerza eran el hampa, el fraude, la indiferencia. El caudillo que empezaba a reinar esa tarde no sólo era sonoro; tendría además otras fuentes de poder, otras bases, otras técnicas. No eran los tahúres lo que habían invadido Buenos Aires: eran los obreros de Berisso y de La Negra. El eterno retorno es una técnica muy eficaz para cerrar un libro pero resulta un broche lamentable si este final ha de imbricarse sobre una vida histórica tan cercana y tan conocida; cuando ha de refluir sobre ella, cuando de ella ha de alimentarse.

Con todo esto no cabe negar que la señora Guido es una novelista cabal. En este libro muestra el don de una escritora muy nítida, muy precisa, sin claroscuros; una escritura, si la filiación no resulta excesiva, de lejano abolengo volteriano. Puede reconocérsele también que si **Fin de fiesta** carece de toda condición endopática, si se lee sin la menor participación, afirma en cambio el arte capital de construir a base de diálogo y breves acotaciones funcionales personajes muy plenos y lograr con ellos una estructura dinámica y una peripecia muy sostenida en el discurso y el entrelazamiento de sus vidas. Esto no quiere decir, naturalmente, que esa plenitud de existencia de los personajes importe complejidad y más bien podría hablarse de cierto esquematismo. Braceritas podría pasar sin mayores pruebas a la galería de la picaresca política rioplatense: el Mauricio Gómez Herrera de Payró estaría allí esperándole. Pero en ese tipo de criaturas la sugestión simbolizante, su recreación perenne en el mundo real entra por mucho en el secreto de su vitalidad y, puesto Braceritas aparte, resultan en la novela poco más que bocetos el núcleo adolescente de los nietos. Beatriz Guido, sin embargo, no necesitaba más de ellos para el equilibrio, ya en cierto modo inestable, de la obra y la salud de José María, la pureza y la piedad del **becamorto** Gonzalo, la nulidad de Julieta, la angustia de Mariana, la violencia de Adolfo ya arrastran, de por sí, un principio suficiente de individuación. Hablando en general, existen criaturas novelescas que no son más que esquemas y existen criaturas abocetadas detrás de las cuales atisbamos un área de sombra que, aun intocada, inexplorado, la sentimos ahí, plena, habitable. Esa nietada de la novela tiene cierta aura, ciertas posibilidades.

Se ha señalado también, a propósito de **Fin de fiesta**, que la obra carece de la originalidad y la frescura de los dos anteriores libros de la autora. La afirmación tiene su carga unívoca de reproche; puede, sin embargo, aceptársela y recordar al mismo tiempo que la carrera de un escritor importa normalmente la conquista de unas calidades y la pérdida de otras. Si la originalidad y la frescura suelen marchitarse como **las verduras de las eras**, otros valores de madurez, más gobernables, más duraderos: construcción, economía, convicción, eficacia, suelen ocupar su lugar. Que desde ese plano se esté abriendo la vertiente de lo que se llama **oficio** y mecanización es otro cantar, un cantar que sólo los más grandes –estamos pensando en el Thomas Mann de los últimos años– no entonan. Beatriz Guido está en el primer tramo de su carrera y el tiempo dirá.